

## 9. UN EPÍLOGO PARA EL FIN DEL MILENIO

Los más lúcidos y mejores arquitectos europeos del siglo XIX —Viollet-le-Duc, por ejemplo— no estaban contentos con el eclecticismo historicista que ellos mismos practicaban: éste les provocaba las mayores dudas e insatisfacciones al considerar que no era un modo propio de su tiempo, aunque no de otra cosa se tratara. Muchos de ellos proclamaron así la necesidad de una nueva arquitectura, acorde con la nueva sociedad industrial y con el mundo moderno, pero desaparecieron de la faz del mundo sin haberla conocido. Iniciaron con ello un profundo equívoco, persistente en cierto modo, entre pasado, presente y futuro.

Pero, en efecto, la arquitectura nueva que habían presentado y deseado llegó al fin, como es bien sabido. Con escasa originalidad se la llamó «moderna», como tantas otras veces en la historia, pero un apelativo tal parece haber prevalecido esta vez para nombrarla, a despecho de su poca definición y de los equívocos que el paso del tiempo crea. Profesionales, críticos y estudiantes han conocido la arquitectura del siglo XX como la del Movimiento Moderno, y «maestros modernos» son llamados, antes y ahora, aquellas grandes figuras de las que, en gran parte, este texto ha tratado.

Lo cierto es que la llamada arquitectura moderna constituyó, como es bien notorio, una verdadera, profunda y amplia revolución disciplinar frente a la dilatada tradición clásica y frente al eclecticismo decimonónico. El panorama de la arquitectura cambió por completo, y aunque algunos autores han interpretado que sus bases de pensamiento estaban ya presentes en el *iluminismo* del final del XVIII, ello, aunque sugestivo y clarificador, no es exacto si nos atenemos verdaderamente al sentido estricto de las formas concretas, inspiradas y partícipes en las revoluciones figurativas de las demás artes plásticas: del arte abstracto.

El texto que antecede —que no se ha ocupado del nacimiento y primer crecimiento de esta revolución, sino tan sólo del desarrollo posterior a las vanguardias que la realizaron— ha ido explicando su gran diversidad y sus múltiples revisiones. Ha evidenciado así su inmensa fertilidad, su capacidad para ser negada y enriquecida y su capacidad final para sobrevivir, a pesar de todo.

Si hacemos una rápida síntesis de lo tratado, hemos recorrido, por un lado, las oposiciones clasicistas a lo moderno, las posturas de compromiso entre academicismo y arquitectura nueva, la revisión de las «pre-existencias ambientales» históricas, la del valor de la composición y el orden según la arquitectura kahniana, la llamada «refundación de la disciplina» y la arquitectura de la «complejidad y la contradicción», episodios todos ellos de una oposición, más o menos abierta, a las ideas fundacionales y vanguardistas, pero que, a la postre, se integraron en el amplio lecho de la modernidad, sin la que, a pesar de todo, no hubieran nacido. Pues no hicieron en gran parte sino recuperar aquella diversidad

inicial que las arquitecturas renovadoras tuvieron en un principio, incluyendo muchos de los contenidos de las vertientes modernas expulsadas por la hegemonía del Estilo Internacional producida a partir de los años treinta.

De otra parte se han explicado las revisiones más internas al Movimiento Moderno, como fueron las orgánicas, protagonizadas sobre todo por Wright y por Aalto, y que si bien llevaban una fuerte carga de oposición a la modernidad triunfante se incluyeron asimismo en su amplio tronco y en su revolucionaria concepción. Finalmente, arquitecturas como las de Siza o Gehry, y otros muchos, continuaron a través de la compleja idea moderna, restaurándola incluso después de las duras e importantes revisiones de Rossi, de Venturi y del llamado *post*, y dejando así a la arquitectura más interesante del final del siglo en el planteamiento de una decidida apuesta por muchas características de la modernidad originaria.

Una apuesta en la que se han perdido ya las ideas y conceptos más filosóficos y «continuísticos» que animaron la revolución moderna, pero en la que continúan vigentes muchos de los principios formales y de los vocabularios estéticos concretos. Bien es cierto que tanto el panorama del siglo contemplado en su totalidad como el de la etapa más contemporánea presentan un fuerte grado de eclecticismo, lo que hace a este fin de siglo algo semejante del término del anterior. Además, el triunfo de la modernidad revolucionaria en los inicios de éste y la hegemonía de la fidelidad a aquella revolución en sus finales parece dar al xx una cierta, y extraña, estructura simétrica.

La modernidad se ha desarrollado de forma muy diversa, ha tenido las revisiones más completas y variadas posibles, pero, después de todo ello, se sigue ofreciendo como la arquitectura más avanzada. Ello significa tanto la existencia de no pocas contradicciones como la de una crisis, más o menos profunda, de la disciplina, lo que está sin embargo dentro de las condiciones habituales y hasta de la propia naturaleza de ésta. Pues la modernidad parecería ya agotada en el sentido de que todas sus posibilidades y revisiones han sido recorridas, explotadas, lo que no impide empero sentir su vitalidad, tener la sensación de que sigue siendo «moderna»; esto es, actual, contemporánea. Está agotada, pero continúa vigente: contemplada en su amplitud y complejidad carece de alternativa.

La paradoja consiste pues en que, frente al pasado siglo, nadie proclama, sin embargo, la necesidad de una nueva arquitectura, pues nadie siente, a pesar de todo, que la contemporánea no sea acorde con los tiempos presentes, aunque fuertes sentimientos apocalípticos no se ahorren. La tradición más «vanguardista» de la arquitectura puede entenderse, incluso, y a pesar de su condición ya tradicional, como demasiado moderna, al menos en comparación con lo que fueron sus revisiones más ligadas a la historia. Y al menos en relación con la escasa aceptación cultural que de ella han tenido las masas de consumidores, que suelen estimar sobre todo estas últimas.

Pero si los tiempos futuros reservan sin duda nuevos y distintos problemas y valores ¿deberíamos entender a la arquitectura moderna como algo en definitivo agotamiento, como un valor del pasado? ¿Son Siza, Gehry y muchos otros los epígonos de algo llamado obligadamente a extinguirse pronto?

Responder a estas preguntas es imposible y, por lo tanto, inútil. No obstante, pueden hacerse algunas reflexiones de interés, necesarias a juicio de quien esto escribe a la hora de llegar a un final de la historia relatada que coincide con nuestro presente.

En primer lugar, no parece posible que pueda producirse ningún cambio que tenga sentido comparar con el realizado por la revolución moderna frente a la tradición clásica y al eclecticismo histórico. Es más sensato pensar que no está al alcance del hombre inventar otro nuevo universo formal tan rico y diversificado como el moderno y que, por lo tanto, no podría hacerlo aunque hubiera razones y sentimientos para intentarlo. Si, como en el siglo pasado, los arquitectos y críticos echaran de menos una arquitectura nueva, más acorde con su tiempo (?), les tocaría, como a sus antecesores, esperar en vano.

Pero, en segundo lugar, ni la arquitectura moderna está agotada en realidad ni podemos tener de la disciplina un sentimiento de absoluta contemporaneidad, de «modernidad», en suma. No tiene sentido

buscar una arquitectura acorde con los tiempos presentes, pues esta cuestión se produce por sí sola. O, mejor aún: no existe la fuerte relación que se ha querido ver entre arquitectura e ideología, «espíritu de los tiempos», formas de vida o conocimientos generales y de otros campos. La arquitectura, como el arte, se revela cada vez más como una serie de convenciones, alternativas y diversificadas, en las que sólo su específica calidad importa finalmente.

Pues la arquitectura moderna no atendió tampoco a su propio tiempo, continuando de otro modo con el equívoco que iniciaron los arquitectos del siglo XIX: más bien pensó en el futuro, por lo que no ha de extrañar ni su limitada aceptación, ni su dilatación a lo largo del siglo, ni su vigencia actual. Los que han quedado definitivamente envejecidos fueron gran parte de sus pensamientos más básicos; esto es, tanto la dependencia primaria de la función, del contenido social y de la técnica en cuanto valor, como el ineludible sentido del progreso y del avance continuo.

Ya que, en un mundo tan viejo, la arquitectura posee, sobre todo, el inmenso capital que significa su propia historia: en ella se acumulan los diversísimos recursos de la disciplina, en una gran parte intemporales, y a los que hay que añadir en el final del siglo la abundante herencia de la modernidad.

Tal y como si fuera un nuevo clasicismo, la modernidad es aún joven a pesar de casi un siglo de vigencia, y una revolución semejante tardará probablemente mucho tiempo en ser olvidada. Como en todos los momentos del mundo, las innovaciones formales se seguirán produciendo, pero lo probable es que lo hagan durante un dilatado período en el interior del amplio espacio de la modernidad. Ésta, necesariamente ecléctica, podrá acoger también en su seno muchas de las cuestiones que, al menos en origen, pertenecen a la historia anterior. El tiempo dirá, en todo caso, lo que ahora no podemos sospechar.